

Porque ya hace seis meses que lo conocí. Miento. En realidad dos años, pero hasta hace seis meses no descubrí que él no era él, sino que era ella y por lo tanto no serían seis meses ni dos años el tiempo que hace que lo conozco, sería toda una vida, más de una vida.

Conocerle, o mejor dicho, darme cuenta de todo, fue como descubrir que la vida me había dado esa segunda oportunidad que todos reclamamos algún día. Fue él quien me enseñó a luchar por aquello que quería, a no dejarme pisotear por los que piensan que son mejores que yo o aquellos que viven de desilusionar a los demás. Fue él quien me abrió los ojos para dejarme ver un mundo distinto a lo que yo pensaba. Fue él quien me hizo comprender que no tenía que preocuparme por el pasado ni por el futuro, que no necesitaba enfadarme ni buscar la felicidad en paraísos lejanos a los que podía llegar si yo quería, él me enseñó a disfrutar de cada momento del presente, a saber recibir los regalos que me brinda el día a día, a saber decir gracias cuando es necesario, a saber decir esos te quiero que no van dirigidos a quienes amas, van dirigidos a aquellos que quieres, que adoras, que admiras por encima de todo. Él me enseñó a decir todo esto cuando toca, me enseñó a no esperar a que sea demasiado tarde para arrepentirme.

Porque ya hace tres años de aquello, tres años sin ella, sin sus risas, su apoyo, sin la persona que siempre confió en mí cuando ella sabía que yo la despreciaba por el mero hecho de quererme sin pedir nada a cambio. Tres años sin la que siempre supo perdonarme cuando yo hacía todo lo posible para que ella lo pasara mal, sabiendo que cuando la hería también me dañaba a mi misma, porque ella me importaba, me importa, la quería y por eso lo hacía todo; yo sólo sabía expresarle mi amor así, haciéndola sufrir. Incluso el último aliento de su vida suspiró por mí, porque aunque en estos tres años todos se hayan esforzado en convencerme de que todo había sido un accidente, hasta el punto que casi llegué a creérmelo, todos sabíamos que fui yo la culpable de que ella ya no estuviera aquí. Esa fue mi manera de darle ese gran beso, decirle un inmenso te quiero, mi manera de fundirnos en un eterno abrazo. Ya no había más oportunidades de demostrarle cuanto la quería. Hasta que llegó él.

Después de aquello, de la muerte de mi hermana, nada volvió a ser igual. Noches enteras pensando en ella, días enteros en mi mente, semanas y meses encerrada en mis pensamientos. Cada hora, cada minuto, cada segundo pensando en ella. Noche tras noche la misma situación, lágrimas que caían por mis ojos, recorrían las sienes y hacían que me estremeciera en espeluznante escalofrío. Imágenes tuyas, no sólo de todo lo que

había vivido junto a ella, sino también de lo que hubiera vivido, que se proyectan en un impoluto techo, que en la oscuridad de la habitación se teñía de negro. Sonidos, risas, palabras que nunca desaparecerían. Hasta que llegó él.

No fue fácil cambiar de casa, cambiar de colegio, de amigos, de recuerdos, de vida, de todo, no fue fácil intentar olvidarla. Al pretender escapar de todo, me di cuenta de que la necesitaba más de lo que yo creía, me di cuenta de que sería imposible olvidarla nunca, que la necesitaba. Claro estaba que ella no volvería. Hasta que llegó él. No fue fácil cambiar. Intentas ser amable pero ella no estaba ahí. Intentas hacer amigos pero ella no estaba ahí, intentas dejarte ayudar pero ella no estaba ahí. Intentas encontrar a alguien que la substituya pero ella no estaba ahí. Hasta que llegó él.

Amigos, padres, familiares, psicólogos y gente que cree que lo sabe todo. Ignorantes que pretenden encontrar la solución a través de libros, de esperanzas moralizantes, de mensajes que intentan convencerme de que tenía que olvidar a alguien a quien había querido más que nadie, alguien que siempre había sabido darme todo lo que necesitaba aunque yo no supiera agradecerse, alguien a quien había tenido la oportunidad de decirle tantas cosas que nunca le había llegado a decir y que nunca pude decirle. Hasta que llegó él.

Nada de lo vivido durante estos tres años consiguió hacer desaparecer esa amargura, una amargura que con una simple gota te quema, te destruye por dentro, hace que te plantees si en realidad mereces pasar por eso, te planteas si no sería mejor morir; una amargura eterna imposible de olvidar, aún más si esa gota es en realidad un océano entero. Hasta que llegó él.

Él es de esas personas que no acepta un no, que siempre consigue que des lo mejor de ti, que consigue hacerte dibujar una sonrisa cuando menos te lo esperas. Porque darme cuenta de que él estaba ahí fue como descubrir que en algún momento de mi vida una especie de Hado lo colocó ahí, esperando a que yo sufriera y me diese cuenta de que mi hermana había sido uno de esos grandes regalos de los de cada día, de que ella ya no volvería pero que tenía más de esos regalos esperando a ser descubiertos. Él era eso, una segunda oportunidad esperando a ser aprovechada. No podía cometer los mismos errores.

He aprendido muchas cosas desde que lo conozco, o desde que volví a encontrarme con mi hermana, sobretodo entendí una cosa, me di cuenta de que la vida es como un reloj de arena, en el momento que empiezas a tener consciencia del mundo que te rodea, granos de arena van cayendo, estos granos de arena son las piezas de un puzzle que te ayudan a entender todo, hacen que a través de lo que vives, de tus golpes y tus triunfos, de las alegrías y las penas vayas creando tu teoría, la norma que te sirve para explicar todo, todo tiene un sentido y nada pasa porque sí. Lo malo es necesario para llegar a lo bueno, al final, a ser feliz. Aquellos que pretenden vivir sólo buenos momentos llegan a un puzzle inacabado, un puzzle al que le falta la pieza central. Esa teoría es única y personal, yo he llegado a la mía, en la que los dos últimos granos de mi reloj -la muerte de mi hermana y la segunda oportunidad: él- me han permitido colocar la última pieza del puzzle; un puzzle que me ha hecho llegar a la conclusión de que aquellas personas con vínculos afectivos muy fuertes vuelven a reencontrarse en vidas futuras, no en la misma forma, pero siempre coinciden en otros planos del tiempo. Sólo hace falta darte cuenta de quién es esta vez esa persona, aprender de tus errores. Él es mi hermana, mi hermana con forma de él.

Lidia Campos
2º Bachillerato A